yor, el buen padre tuvo la bondad de guiar la mano de la moribunda para que firmase aquel documento, por cuyas disposiciones iba á quedar sumido en la pobreza y la miseria el infeliz huérfano á quien tanto queria la desgraciada señora.

Por efecto de una reaccion, la signora Virginia Pompeo esperimentó alguna mejoría en la misma tarde del dia en que firmó el testamento, y temiendo el padre Ignacio que la enferma lo pidiese para verlo, hizo que la hermana Flavia la diese una bebida á fin de evitar todo contratiempo.

Ya hemos visto cual fué el desenlace del drama: el falso prelado meditó y llevó á cabo su crímen sin que le remordiera la conciencia, y esto lo hizo mientras el niño Muzio dormia tranquilamente sin saber que se le acababa de robar cuanto le pertenecia, y que al dia siguiente iba á verse reducido á la miseria y obligado á implorar la caridad pública por las calles de Roma para no morir de hambre.

Esta era la suerte que esperaba al pobre Muzio, á quien se habia despojado por medio de un crímen de sus inmensas riquezas.

CAPÍTULO VIII.

El mendigo.

Diez y ocho años habian transcurrido desde la muerte de la Signora Virginia, de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior. En la misma plaza por dónde habia cruzado cierta noche el padre Ignacio, hallábase un jóven pobremente vestido, recostado contra una columna, pero estaba tan embozado en su capa que apenas se le podia ver el semblante. Sin embargo, nosotros que le conocemos, podemos decir desde luego que era de airoso continente, y sus facciones de aquellas que rara vez se olvidan cuando se han visto una vez. Tenia la nariz aguileña, los ojos azules, la mirada penetrante y altiva, y bajo su humilde traje se adivinaban graciosas formas á la par que una constitucion robusta y fuerte.

Era el mes de Febrero, el sol caminaba á su ocaso, y el jóven se hallaba sin duda sumido en sus reflexiones, cuando sintió que le tocaban en la espalda, y volviéndose repentinamente, vió delante de sí á nuestro antiguo conocido Attilio.

—¡Ah! ya estais aquí, hermano mio, exclamó el jóven.

Y así diciendo le estrechó la mano con efusion.

No se crea que entre aquellos dos hombres existia grado alguno de parentesco, pero Attilio y Muzio parecian verdaderamente hermanos por su edad, por su aire distinguido y nobles facciones, y sobre todo por su valor.

—¿Estais armado? preguntó Attilio.

—¡Armado! repitió Muzio con acento desdeñoso; seguramente que sí. ¿No es acaso la daga mi única herencia y patrimonio? Yo la tengo tanto cariño como el que profesais á Clélia y como el que me inspira la jóven de que os he hablado, pero... léjos de mí el amor, continuó Muzio con amargura; ¿qué derecho tiene para amar un mendigo, un desterrado de la sociedad? ¿Quién creeria que bajo los harapos puede ocultarse un corazon verdaderamente apasionado?

—No desespereis, repuso Attilio en voz baja, yo creo que esa linda extrangera os mira con cierto interés.

Muzio guardó silencio, y de nuevo adquirió su semblante una expresion sombría, pero temiendo Attilio que su amigo se dejase llevar de un acceso de cólera ó desesperacion, cogióle de la mano y le dijo:

—Seguidme.

El jóven obedeció sin proferir una palabra, y marchó silenciosamente detrás de su compañero. La noche se acercaba, y los transeuntes iban desapareciendo poco á poco, sin que se viese ya por las calles mas que las patrullas estrangeras, únicas que turbaban el silencio de la ciudad eterna.

Inútil parece decir que los prelados son los primeros que se retiran á sus casas, pues les gusta mucho disfrutar de las comodidades domésticas despues de haber predicado sobre las glórias del otro mundo. Los prelados no son hombres bastante atrevidos para aventurarse á transitar por las calles solitarias, apesar de la proteccion que se les dispensa; comprenden sin duda que se

les ódia por los que desean la libertad de su país, y por los que esperan que llegará un dia en que no serán necesarios sus servicios ni su enseñanza.

Sumidos en sus reflexiones, bajaron los dos jóvenes por el Quirinal, á que se ha dado ahora el nombre de Monte Cavallo, y no se detuvieron hasta llegar cerca de las famosas estátuas de piedra, obra maestra del arte griego.

Attilio hizo una seña á su compañero para que no se apartase de su lado, sacó de su bolsillo un pedernal del que hizo brotar algunas chispas, y se mantuvo inmóvil como si esperase. Aquella era una señal convenida con varios de los conspiradores que hemos visto en el Coliseo, y que se habian ofrecido á prestar sus auxilios á Attilio para librar á Manlio, aprisionado tan injustamente.

La señal fué comprendida seguramente, pues se contestó con otra en el extremo de la *piazza;* entonces avanzaron los dos jóvenes, y habiéndoles salido al encuentro un soldado de la guardia del palacio, que se divisaba á pocos pasos, hízoles entrar por una puertecita escusada que habia cerca de la entrada principal, les guió por una estrecha escalera, y á poco se hallaron en una habitacion, que era la del jefe de la guardia. El soldado dejó entonces á los jóvenes solos, mas no tardó en presentarse otro, y poniendo sillas al rededor de una mesa donde se veia una lámpara flanqueada por algunas botellas y vasos, invitó á los recien venidos á que se sentasen.

—Bebamos un vaso de Orvieto, amigos mios, esclamó el soldado, pues en una noche como esta, mas provecho nos hará que la bendicion del Santo Padre.

Y al decir estas palabras, alargó una copa de vino á cada uno de sus huéspedes.

—Brindo por el buen éxito de nuestra empresa, exclamó Muzio.

—Amen, contestó Attilio apurando su copa.

Diremos aquí de paso que el soldado que habia recibido á los dos jóvenes se llamaba Dentato, y era sargento de los dragones que estaban de guardia en el palacio.

—Decidme, amigo mio, exclamó Attilio dirigiéndose á su amigo Dentato, ¿es cierto que ayer trajeron aquí á Manlio?

—Sí, anoche le encerraron en uno de los calabozos secretos, como si el hombre fuese el mas peligroso de los criminales. Tengo entendido que le van á trasladar al castillo de San Angelo.

—¿Sabeis por órden de quien le han arrestado? preguntó Attilio.

—Por la de su Eminencia el cardenal Procorpio, segun se dice, contestó Dentato, atendido que el prelado desea vencer todos los obstáculos que se opongan á la realizacion de sus designios respecto á la perla del Trastevere.

—¿Y á qué hora podremos ponerlo en libertad? preguntó el artista, que se habia estremecido al oir las palabras del sargento.

—Aun somos muy pocos, amigo mio, repuso Dentato.

—No lo creais, continuó Attilio. Silvio me ha dado su palabra de estar aquí dentro de poco con diez de los nuestros, y con este refuerzo podremos dar cuenta de los esbirros.

—Muy bien, replicó el sargento despues de una pausa, ya que estais resueltos á poner en libertad á Manlio esta misma noche, será mejor esperar algunas horas, hasta que se duerman los carceleros y el director. Afortunadamente ha ido mi oficial á desempeñar otro servicio léjos de aquí, y podremos intentar el golpe si vuestros amigos vienen.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras el sargento, cuando entró un soldado, anunciando que Silvio habia llegado en aquel instante.

CAPITULO IX.

El libertador.

Antes de continuar nuestra historia, debemos decir aquí algunas palabras respecto á la ejemplar conducta y bravura de los soldados romanos.

Hasta las tropas del Papa se distinguen por su sereno valor y su marcial continente. En la defensa de Roma, es notorio que todos los artilleros murieron al pié de sus cañones, y para probar el arrojo de las tropas, bastará decir que los heridos continuaron batiéndose desesperadamente hasta que los sables enemigos pusieron fin á su existencia. El dia 3 de junio no se veian por las calles sino hombres mutilados, y en las muchas escaramuzas que tuvieron lugar despues de haberse tomado la ciudad, no se dió un solo caso en que los soldados romanos no vencieran cuando luchaban con igual número de enemigos.

El clero sabe muy bien, que tratándose de insurreccion, el ejército romano se pondrá siempre de parte del pueblo, y he aquí por que se pide auxilio á los mercenarios estrangeros y por que se

gastan los fondos del Padre Santo en pagar zuavos, y en comprar rifles, cartuchos y pólvora.

Silvio fué recibido alegremente por los que le esperaban, y despues de saludar á todos, dirigióse al jóven Attilio y le dijo:

—Nuestros hombres están dispuestos; los he dejado ocultos detrás de los caballos de mármol y solo aguardan la señal.

—Amigo Dentato, esclamó el artista, yo y Muzio obligaremos al carcelero á que nos dé las llaves, y entretanto podeis guiar á Silvio y á sus hombres hasta la puerta del calabozo para sujetar al centinela que está de guardia.

—Muy bien replicó Dentato, el dragon Scipio os conducirá á la habitacion del carcelero, pero tened cuidado, porque es un hombre que os costará trabajo sujetar.

—Dejadme á mí arreglarlo todo, repuso Attilio saliendo de la sala, seguido de Scipio y de Muzio.

Una empresa como la que trataban de llevar á cabo nuestros amigos, seria muy difícil, sino imposible, en cualquier otro país donde se respete mas al gobierno y á sus funcionarios, pero en Roma es muy distinto, por que allí no se obedece á los hombres que están en el poder, atendido que no son dignos de ello.

Cuando Dentato hubo llegado con su gente cerca del calabozo, Silvio esperó á que el centinela se volviese de espalda, y entonces, saltando sobre él con la agilidad que tantas veces habia ejercitado al perseguir á los osos en las montañas, le derribó en el suelo, y le tapó la boca con un pañuelo para impedirle que gritase. Al ruido que produjo la lucha, se despertó uno de los guardianes, pero antes de que tuviera tiempo de ver lo que pasaba, los hombres de Silvio sujetaron al soldado, precisamente en el momento en que Attilio y Muzio llegaban con el carcelero que tenia las llaves del calabozo donde estaba Manlio.

—Abrid, dijo Attilio con voz imperiosa.

El carcelero obedeció aunque de muy mala gana, abrió una puerta, y todos entraron en una sala oscura y abovedada, en la cual se veian varias puertecillas que daban paso á otros tantos calabozos.

—¿Dónde está Manlio, preguntó Attilio acercándose al carcelero y desenvainando su daga?

—En uno de estos calabozos.

—Ponedle entonces en libertad, gritó el artista.

Tan atemorizado estaba el buen hombre que apenas acertaba á meter la llave en la cerradura, y tanto le temblaban las manos, que impaciente Attilio, abrió la puerta é invitó á Manlio á que saliese.

Fácilmente se comprenderá cual seria la sorpresa del padre de Clélia al ver á su amigo Attilio que se presentaba para ponerle en libertad, pero como el jóven comprendia que aquellos momentos no eran los mas oportunos para dar esplicaciones, dispuso que se encerrase al carcelero en el calabozo, pasó por delante de los centinelas que habian sujetado los hombres de Silvio, y seguido de sus amigos, llegó á la puerta de salida, donde los libertadores de Manlio formaron varios grupos que siguieron distintas direcciones. Attilio, Muzio y el padre de Clélia se marcharon juntos en direccion á la Puerta Salaria, que conduce al campo.

CAPITULO X.

El huérfano.

Cuando Silvio, con la desesperacion en el alma, sacaba á la desgraciada Camila del Coliseo para llevarla á casa de su padre, no la habló ni una sola palabra; la habia amado ardientemente y se limitó á dirigirla una mirada compasiva, pues no podia menos de reconocer que la jóven era en rigor inocente, y que mas bien debia considerarla como una víctima del engaño y de la violencia.

Así pues, Silvio y Camila caminaron por algun tiempo silenciosos: el atrevido cazador habia dejado de visitar la casa de su amada desde la desaparicion de esta, y al acercarse entonces á ella despues de tanto tiempo, presintió que acaso podria haber sucedido alguna nueva desgracia.

A los pocos pasos, el ladrido de un perro sacó á Camila de sus profundas reflexiones y su semblante espresó una viva alegria, pero como recordase de pronto su triste situacion, detúvose, bajó los ojos y dirigió una mirada de tristeza á su acompañante. Silvio, como ya hemos dicho, compadecia á Camila en vez de

despreciarla; su corazon era tan generoso como nobles sus sentimientos; hacia todo lo posible para consolar á su amada, y cuando vió que esta se detenia, temiendo que cayese en un acceso de locura, la dijo con acento bondadoso:

—Vamos Camila, no tengais cuidado, ese es vuestro perro Fido que os saluda, porque seguramente os ha reconocido ya.

Apenas hubo pronunciado Silvio estas palabras, vióse adelantar á un magnífico mastin, que acercándose á la jóven comenzó á lamerle las manos y á dar saltos, como para celebrar la llegada de su ama á quien no habia visto en tanto tiempo.

Las caricias del fiel animal hicieron verter á Camila un torrente de lágrimas, y no pudiendo resistir á tan fuerte emocion, cayó inanimada en los brazos de Silvio, quien la cubrió con su capa, y cogiéndola en brazos, aceleró el paso en direccion á la casa del padre de la jóven. No tardó en divisar la puerta, y sentado en el dintel, vió Silvio á un muchacho que miraba á su alrededor con curiosidad.

—Marcelino, gritó el cazador, ¿no me conoces?

Por toda respuesta, acercóse el muchacho corriendo y enlazó con sus brazos á Silvio, á quien no habia reconocido al pronto.

—¿Dónde está tu padre, hijo mio? preguntó el cazador; ¿dónde está Marcelo?

—Ha muerto, contestó el muchacho llorando.

—¡Muerto! murmuró Silvio sentándose en una piedra, poseido de la mas profunda emocion, mientras que algunas lágrimas corrian por sus megillas. ¡Oh Dios mio! esclamó despues de una pausa, ¿cómo puedes permitir que los vicios de un mónstruo sean la causa de tantas desgracias? Si yo creyese que mi desgraciado país no habia de verse pronto libre de la tiranía clerical, me atravesaria el pecho con la daga para no volver á ver mas la luz del dia!

Repuesto al fin de su emocion, Silvio se dirigió, seguido de

Marcelino, á la habitacion donde se habia depositado á Camila y vieron que estaba dormida profundamente.

—¡ Pobre muger, murmuró Silvio, pobre huérfana, repitió, mirando con tristeza á la jóven cuyo semblante estaba cubierto de una palidez mortal, ¿para qué he de despertarte?... Demasiado pronto volverás á una vida de lágrimas y de miseria, á una vida que deberás consagrar á un arrepentimiento tardío!

CAPÍTULO XI.

La fuga.

Hemos dejado al jóven Attilio, á Silvio y á Manlio, en el momento de encaminarse hácia los arrabales. El generoso artista habia pensado que la casa del difunto Marcelo seria la mejor para ocultar á Manlio, á quien á duras penas consiguió inducir á que no volviese á su casa en aquel momento para ver á su esposa y á su hija.

En el camino habló al escultor de la visita que Gianni le habia hecho para encargarle las estátuas, manifestándole que en su concepto, el cardenal Procorpio trataba de apoderarse de Clélia. Despues de reflexionar algunos momentos para recordar todo cuanto habia pasado, Manlio reconoció que las sospechas de su amigo eran muy fundadas, y entonces se empeñó mas que nunca en volver á su casa inmediatamente, para librar á su familia de la deshonra.

Attilio, no obstante, auxiliado por Muzio, pudo disuadir de nuevo á Manlio de su propósito, y consiguió que se ocultára, ofreciéndole ir él mismo á velar por la seguridad de Clélia y de su madre.